

Recepción Premio Sabina Silense

12.11.2024

Una vez más, llego a este monasterio colmado de alegría; pero, en esta ocasión, añado gratitud, orgullo y timidez, en confusa mezcla de contradictorios sentimientos, que me hace experimentar la necesidad de un máximo esfuerzo para corresponder dignamente al honor que me otorgáis.

¿Cómo no he de esforzarme, si estoy en el deber, gustosamente contraído, de colaborar en vuestras tareas, dispuesto a aportar todo mi buen deseo, mi voluntad mejor?

Este honor que debo a vuestra benevolencia y que a tanto me obliga, me incita a compartir con vosotros, durante unos minutos, sentimientos que he preferido mantener en reserva íntima, porque se corresponden con vivencias, lecturas y reflexiones que, albergadas por estos muros, han contribuido a hacer de mí quien soy.

Ser distinguido por la Fundación Silos con el premio *Sabina Silense* me pone en un compromiso: aflorar parte de lo que Unamuno llamaba el “tuétano de los huesos del alma”.

Vuestra generosidad me obliga, en fin, a compartir algo de lo que Silos significa para mí; impresiones que, quizá con algún desorden, iré desgranando.

Hablo en defensa propia si os recuerdo que el entusiasmo soporta mal cauces estrechos. Disculpad, en atención al que siento por Silos, si alguna vez se desborda este brazado de confesiones y recuerdos.

Mi trato con los monjes y vecinos de Santo Domingo, como sabéis, viene de lejos. Asistí a la génesis de la Fundación Silos el 23 de diciembre de 2002, cuando recibí a su patronato en La Moncloa y

secundé la rehabilitación del convento de San Francisco como sede de sus actividades.

Antes y después he visitado Silos, el monasterio, el municipio y su comarca, obedeciendo una vocación sin contrapartida penosa, porque gratifica edificando; o, si queréis, edifica gratificando. Para el que aquí vuelve, la recompensa es siempre inmediata.

Conservo muy vivo el grato recuerdo de tantas jornadas de verano, pasadas con vosotros, compartiendo vuestro pan en el refectorio y dos horas de agradable sobremesa.

Vuestra regla y mi carácter acostumbran al silencio; San Benito nos habrá perdonado aquellas tertulias: después de todo, orando, departiendo, laborábamos, porque siempre eran altos los temas que nos ocupaban.

Hay algo ascensional en este ambiente. Algo que sugiere eminencia. Lo siento cada vez que regreso y desde la primera vez que os visité.

De Burgos se sale siempre hacia arriba. La cabeza de Castilla, la vieja capital, cortada por el avaro cauce del Arlanzón, está en una suave hondonada, en un repliegue de aquella gran llanura que veía ensancharse el Cid ante su caballo a cada nuevo combate.

De Burgos aquí, por la vieja carretera, la ruta es pródiga en emoción estética. Las altas arboledas que dan severo porte al paisaje burgalés prestan custodia al viajero durante kilómetros.

Se pasa por el palacio de Saldañuela, morada de una favorita real¹ conocida con sobrenombre demasiado irrespetuoso para reproducido ahora.

Se dejan a mano derecha las canteras de Hontoria, de donde salieron los sillares de la catedral de Burgos, y cuando la tierra empieza a quebrarse y el paisaje a enrojecer se hace alto en las ruinas de San Pedro de Arlanza.

Todo es adusto, bravío, enérgico. Se piensa en el puñado de hombres que en los días originarios del condado de Castilla salían de aquellos breñales para “ganarse el pan”.

¹ Isabel Osorio, favorita de Felipe II.

Se pasa por Covarrubias, antigua ciudad llena de carácter, en la que duerme un archivo, vela una torre y vaga el recuerdo de una princesa².

Luego se sale de la historia y se entra en una soledad campestre, y de pronto, entre el haz de casas acogidas a su amparo, sin llamativa silueta, sin moles imponentes, sin soberbia ninguna, aparece el monasterio.

Se acaba de llegar al enclave benedictino más importante de España, refugio, desde 1880, de aquellos monjes franceses, que restauraron y dieron nuevo lustre, convirtiéndola por fin en casa española, a la antigua fundación monástica, restaurada primeramente por Santo Domingo, su abad desde 1041 hasta que murió aquí en 1073.

Y es que el convento, desafectado en 1835, no volvió a poblarse hasta ese año de 1880. Su restaurador, el francés don Guépin, vino con los monjes a hacerse cargo de la Abadía. Era, parece, una persona notable, con inquietudes intelectuales, y convirtió Silos en un centro muy atractivo para los hombres de letras.

El buen Abad tenía la tolerancia irónica de los santos. Solía decir que para él los placeres del paraíso consistirían principalmente en “hacerle dulces objeciones al Señor”.

Discutir con Dios durante toda la eternidad: aquel Abad tenía, sin duda, madera de parlamentario.

Un día en Silos es siempre fecundo en impresiones memorables. La tradición benedictina, de que han brotado magníficas flores, ostenta aquí el más vivo ramillete.

Cualquiera de los buenos frailes acompañará al viajero haciéndole ver, en el archivo, maravillosos códigos.

El relato de los milagros del Santo ahí está, recogido en la copia manuscrita de las obras de Gonzalo de Berceo, hecha en el siglo XVIII, y guardada en los anaqueles de la biblioteca abacial.

El viajero se detendrá en la maravilla única del claustro. Son muchos los doctos que han hecho hablar a los follajes irreales y a los monstruos quiméricos que desde capiteles y esquinales nos comunican conceptos de piadosa ejemplaridad.

² Cristina de Noruega, prometida de Alfonso X y finalmente casada con el infante Felipe de Castilla.
Ciclo FAES *Estado de derecho y promoción de la democracia*

Esos eruditos han puntualizado atribuciones musulmanas en ciertos detalles de la hojarasca que decora un espacio casi mágico. Leer la escritura misteriosa cifrada en esos capiteles ha ocupado la vida de muchos sabios.

El historiador francés Emile Bertaux los veía “cubiertos por un verdadero hormiguero de monstruos adosados o enfrentados (...) largo desfile de animales y monstruos de Oriente.”

Para el padre Pinedo, en estos capiteles no había mera y desalada fantasía, puro capricho oriental, sino acoplamiento de la imaginación a la expresión de algo profundamente cristiano: “instruir o levantar el corazón de los monjes que en el claustro trabajaban, sirviéndoles de solaz a los ojos, recordándoles, al mismo tiempo, aquellas frases de los salmos que diariamente recitaban, y podían ayudarles más a sobrellevar las austeridades de la vida religiosa”.

Motivos árabes o persas, de origen quizá caldeo-asirio, como el árbol de la vida, el *hom* oriental, se cristianizan en piedra, y son como ecos venidos de un mundo remoto en el espacio y en el tiempo: aquí convergen el extremo oriente y el extremo occidente.

En el más bello claustro románico español la piedra es filigrana de arte, trabajada a veces con la técnica precisa y exigente del metal y otras con el valor decorativo de los tejidos coptos o persas.

La armonía espacial del claustro se anima por el aleteo que emana del espacio exterior, cerrado por doble galería y alegrado por un jardín con fuente baja y musgosa y pilón ancho.

Y ahí, a un lado, el “enhiesto surtidor de sombra y sueño” que cantó Gerardo Diego, el gigantesco ciprés.

Fue precisamente hace cien años, en el verano de 1924, cuando el poeta estampó en el álbum de autógrafos del monasterio catorce versos que han asociado para siempre el ciprés de Silos a la poesía española.

Gerardo llegó aquí ese año desde la Soria de Bécquer y Machado, y vio el ciprés de noche. Por eso su soneto es un nocturno y en él se habla de estrellas y sombras, de sueños y negras torres, silencios y fervores.

“El chorro que a las estrellas casi alcanza” es el mismo ciprés que rompe los aires en Marquina “con la majestad de un río/que se pusiera de pie”; el mismo “dedo gigante” que sorprende a fray Justo Pérez de Urbel.

Un soneto que cruza por nuestra lírica contemporánea. Un ciprés que ya ha pasado a la literatura española junto con aquel olmo seco que Antonio Machado plantó en la literatura de todos los tiempos y todas las lenguas.

Un ciprés que brota en 1924, a despecho del que fue plantado aquí y que ya es el real, el literario y único. Siempre que me acerco, huésped del monasterio, a su claustro, mis ojos ven solo el ciprés del soneto. Porque cipreses hay en muchos sitios, en Mallorca y en Asia, en Granada y en Capri. Pero si hay uno que salva su individualidad, es este de Silos, convertido en símbolo, trascendida su raíz vegetal, para ser conocido universalmente como el mudo ciprés del soneto de Gerardo Diego.

Casi veinte años más tarde, durante otro verano, el de 1943, el mismo Gerardo escribirá otro poema: “Castilla milenaria”, con ocasión de los fastos del milenario de Castilla. Permitidme recordarlo:

*Mil años ya, Castilla, madre mía,
y tu frente de reina persevera
tan niña y tan clara como el primer día,
cuando a Santa María
rezabas desde el claustro de Valneras.
Castilla de la historia y geografía,
efímera del año y milenaria.
Castilla o Sobrespaña, en este día
a besarte venía
tu invisible mejilla planetaria.*

Castilla o Sobrespaña. El neologismo da que pensar. A mí me sugiere una analogía: como el ciprés vegetal trascendido en mito literario, el primitivo condado castellano fue semilla trascendida para que fructificase España.

Y en este pensamiento siempre me he sentido acompañado por la autoridad de otras plumas confluentes con la de Gerardo.

Con distinta perspectiva, pero todas escribiendo al dictado del mismo espíritu, que allí donde sopla infunde idénticas conclusiones.

Así, ese mismo año y en igual ocasión, Ramón Menéndez Pidal dictará una conferencia en Burgos, titulada *La Castilla de Fernán González*. Allí dice el sabio filólogo: “Castilla recibió las primeras condiciones necesarias para constituirse en directora de una vida nueva entre los pueblos de la Península; ella, como su héroe epónimo, no encaminó a un egoísta apartamiento sus rebeldías iniciales; aún en ellas, mantuvo su ánimo abierto a las preocupaciones y conveniencias del conjunto que la incluía; cargó siempre sobre sí la mayor parte del trabajo y de las responsabilidades de la vida, tanto en las cosas del espíritu como en las materiales, y hasta cuando se debilitó su fuerza creadora e impulsiva, ya en la decadencia de su imperio, conservó vivísimo ese su carácter fundamental, ese elevado espíritu, que por amor a su obra antigua la llevó a la gran abnegación, a aquel extraño modo de imperar, notado por Fernández Navarrete, que consistía en aportar más recursos que ninguna otra comarca, en beneficio de todas, atendiendo ella sola *a la defensa y amparo de todo lo restante de la Monarquía*”.

Silos, Castilla, Sobrespaña, Fernán González. Aquí, en el riñón del primitivo condado, tierras del Alfoz de Lara y de la ribera del Arlanza,

surge incontenible la evocación de Fernán González, artífice de la independencia castellana.

Algunos historiadores suponen que Fernán González, sacudiéndose la influencia leonesa y navarra, retrasó la hora de la Reconquista.

Baste decir, en réplica, que siendo aquella Castilla el condado más reducido y menos poderoso de los reinos cristianos ya constituidos, supo resistir con Fernán González y Sancho García las dos arremetidas más fuertes de los musulmanes: la de Abderramán y la de Almanzor.

Aventuras extraordinarias, hazañas insuperables, temerarios actos políticos, duelos a lanza, como los tenidos con Sancho Abarca, el conde de Tolosa y otros príncipes y magnates, forman el tema poético que envuelve a esta figura legendaria de las libertades castellanas.

En medio de esta frondosa leyenda se destaca la personalidad histórica de Fernán González como encarnación viviente del carácter de Castilla, de su magnífica altivez, que el conde burgalés resumía así, en frase memorable: “No besar mano a hombre del mundo, ni moro ni cristiano”.

Todas las naciones, por variada que sea su composición étnica, ofrecen un rasgo común, una modalidad espiritual. En España, según consenso universal, este rasgo estriba en un orgullo señorial, sin alardes, sereno y fuerte; en una palabra: castellano.

Arquetipo y dechado de este orgullo fue el primer conde de Castilla, intrépido creador del nuevo estado, que había de ser la levadura unitaria del reino y más tarde de una monarquía extendida por dos mundos.

Nueva coincidencia. También en 1943, pero desde el exilio, otro poeta que siempre me acompaña, Luis Cernuda, celebraba los mil años de Castilla en los micrófonos de la BBC, en Londres.

Su alocución, titulada *Mito poético de Castilla*, puede leerse en sus Obras Completas; insobornablemente hostil a la situación política creada tras la contienda, nunca se resignó a regalar a los vencedores el monopolio de la idea de España. Entre sus párrafos mejores hoy quiero recordar estos:

“Desde fuera y a distancia es como se aprende a ver y aceptar el destino nacional, y el nuestro individual a él ligado, constituyendo algo superior a nosotros mismos, a nuestra dicha o desdichas transitorias (...). No siendo la historia el resultado de nuestra voluntad personal, aunque consiguiéramos a la fuerza imponer ésta sobre el país, eso no es hacer historia, sino deshacerla, y más pronto o más tarde habría que reparar tal violencia, si no queremos que envenene y corrompa la vida nacional”.

Cernuda situaba lo que llamó “mito poético de Castilla” en la génesis de la construcción nacional española.

De suerte que un exiliado conectaba cordialmente, suturando el desgarró de la guerra civil, con lo que desde el interior escribían Diego o Menéndez Pidal. Así:

“El clima, el cielo y el suelo austeramente viriles de Castilla, crearon una forma heroica de vida (...) Dentro de esa forma de vida nacional, la muerte iba a representar no el fin de toda actividad humana, sino el nacimiento

verdadero del hombre, dando así a la existencia el valor profundo que solo adquiere en relación con lo que la niega o parece negarla. (...) Para crear a España tuvo Castilla que renunciar a su propia existencia individual, tuvo que morir, para alcanzar esa vida más alta de la cual, sin sacrificio alguno de su parte, iban a beneficiarse las demás regiones peninsulares. (...) Esa fuerza secreta, don de Castilla a España, es la que ha permitido a nuestra nación sobrevivir casos infelices y golpes desastrados, tras de los cuales acaso ninguna otra nación sino la nuestra hubiera podido subsistir: derribada en tierra, en la tierra misma donde arraigó y creó sus mitos poéticos, a los que siempre fue fiel, halla y ha de hallar nuevas fuerzas de vida”.

En un lugar como este, en Silos, he creído entender el sentido profundo de todo esto. El ambiente, la evocación histórica, algunos textos repasados a lo largo del tiempo me han ido aclarando qué significa ser español, qué significa Castilla para España.

Tal vez, como remate de lo glosado hasta aquí, quepa añadir un texto que, a mi juicio, los resume todos. Se lo debemos a otro entusiasta de Silos, a Julián Marías. Que en 1974 acuñó esta expresión: “Castilla se hizo España”.

Marías, recordando la expresión del abad Guépin, estaba “objetando dulcemente” algunas tesis de maestros suyos muy queridos.

La de Ortega, por ejemplo, que en 1921 había dicho: “Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho”; y la de Sánchez Albornoz en 1931: “Castilla hizo a España y España deshizo a Castilla”.

Ni una cosa ni la otra, dirá Marías, en *España inteligible*. Castilla se hizo España: es decir, Castilla se dedicó, no a hacer España, sino a *hacerse* España. A fundir sus peculiaridades inyectándolas en el conjunto nacional, al que sacrificó todo.

O si queréis, a morir en su particularidad para resucitar transformada en alma de España. Tal como nuestro ciprés, mediante la alquimia del verso, muda su condición vegetal por la de mito poético.

Amigos, creo haber cumplido lo que os prometí. Me he esforzado por daros testimonio sincero de lo mucho que debe mi pensamiento a este lugar.

Habréis notado que en mi confesión domina una nota, llamémosla pública, de lo que debo a Silos. Lo que me enseñó y sigue enseñando como español, como miembro de un resultado histórico colectivo, nacional.

Lo que debo a Silos como persona, en el plano espiritual, desde lo que los místicos llamaban “el hondón del alma”, es algo que reservo para mí. Permitidme ese último pudor; un rasgo castellano, al fin y al cabo.

Pero estad seguros que, en ese fondo personal, existe una gratitud inextinguible por el inmenso honor que hoy me hacéis. No me queda sino procurar merecerlo desde este mismo día.

Muchas gracias.

